PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 21.

FUERA DE ELLA:

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA IULSTRADA.

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

ELECO DE CARTAGENA

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Jueves 14 de Enero.

El Eco de Cartagena.

SOLEMNIDAD CIVICO-RELIGIOSA.

El día 13 de este mes formará página en los anales de nuestra historia. Un recuerdo de días más hacidos asaltará la mente de los cartageneros, como la época de los desastres que en él terminan se alza cual negro espectro ante la inteligencia reflexiva de todos los españoles que aman la civilización, la paz y el trabajo con la esperanza de otra mejor vida. Como si la naturaleza quisiera participar del público regocijo, amanece un día claro y sereno con un sol primaveral. Toda la ciudad aparece empavesada con ricas y vistosas colgaduras en las que brillaban profusamente los colores nacionales, elocuente reprobación de los que pretendieron convertir en girones la enseña que representa la unidad de la patria, que en días más gloriosos se ha visto envuelta como en nube de incienso y digno homenaje, en el humo de las salvas de los cañones de grandes potencias que la han respetado; esa unidad que nos hace partícipes de sus antiguas glorias de tantos héroes, artistas y poetas, como el Cid, Murillo y Cervantes.

Quisiéramos describir esa gran solemnidad cívico-religiosa con que abrió de nuevo las puertas al divino culto, la iglesia de San Diego, en cuyo recinto se alberga el huérfano y el indigente. Quisiéramos que las fuertes emociones y la aglomeración de gente, no nos hubiese impedido de observar hasta los menores detalles; pero no es posible en este momento satisfacer nuestro buen deseo, y sólo nos ocuparemos un poco de lo que hemos podido retener en la memoria. Un espacio tres veces mayor no hubiera sido capaz de contener la muchedumbre, que, ávida de rendir un tributo de homenaje y gratitud al Dios de las misericordias acudía de todas partes. El Ayuntamiento en (corpo-

ración, lo más notable de la sociedad, y un gentío inmenso de todas las clases, sin distinción se hallaban allí reunidos. La iglesia restaurada; el retablo del altar mayor y las dos capillas laterales aparecían iluminadas y adornadas con profusión de luces y de flores, brillando por su elegancia y buen gusto, así en la parte arquitectónica, como en sus adornos y buena escultura. La misa mayor empieza a cantarse por un coro de voces, que, en un éxtasis religioso, haría dudar, si bajaban del cielo, ó si se elevaban al Altísimo en ofrenda a los beneficios que nos ha dispensado. Es el arpa de David que canta sus victorias, y al mismo tiempo es el gemido de un padre que se lamenta por la muerte de su hijo, porque esas dos ideas son inseparables en el aniversario de este día. Vémoslo:

El Dr. D. José Rizo, cura párroco de Sta. María, ocupa la tribuna; y, cediendo a los impulsos del corazón, y desdenando las formas oratorias, como fruto de la inteligencia previsora, tiende una mirada a cuanto le rodea; todo le inspira; no hay objeto ni idea que no le ofrezca materia para uno y muchos discursos grajulatorios. Allí ve a los que, haciendo las veces de padres de la patria, tuvieron la abnegación de encargarse de reedificarla, después de haber participado de los horrores de la emigración y de sus ruinas. Allí ve la mano del artista, que, inspirado en un sentimiento sublime y religioso, gracias a la piedad de los fieles, ha dado forma a sus ideas y a la belleza que nunca está a mejor servicio que en el de Aquel de donde procede lo bello, lo infinito y lo inmutable. Las señoras, profesores y aficionados que toman parte en aquel acto, el asilo de beneficencia que tiene bajo su tutela; las ruinas que un año antes hacían recordar a la desventurada Palmira, y hoy después de un año todo es alegría y regocijo.

Nada de odio, nada de encono, ni de venganza, sino un himno de alabanza al Dios de las misericordias ha sido el tema de su brillante dis-

curso (*Misericordias Domini cantabo in eternum.*) Cartagena ha renacido de entre sus cenizas, porque, en vez de tener la mentira de la fábula del Fénix, ha tenido la vida en el fuego de la Caridad evangélica, después de un delirio que le privó de todo. La razón puede hacer mucho, porque al fin es un don de Dios, pero ésta no resiste los fulgores de la luz divina que, si no atempera el velo misterioso de la Fé, se deslumbra, y los asomos de felicidad y de gloria a que aspira el corazón humano y que suele prometernos se desvanecen como un relámpago. Hasta aquí el auditorio escuchaba atento con ánimo tranquilo y religioso; pero el orador casi inconscientemente al recomendar que todos los años se celebre la memoria de este día, ha tenido rasgos sublimes haciendo derramar copiosas lágrimas a sus oyentes. «Cuando vuestros hijos y vuestros nietos, dice el orador, os pregunten «qué significan esas galas, esos festivos inusitados, esa limosna a los pobres, esos cultos tan solemnes?»; entonces el anciano cubierto de canas, encorvado por el peso de los años, con la voz trémula, les dirá: «Esas demostraciones de regocijo y de homenaje al Dios de las misericordias, recuerdan un día de luto en que vuestros padres andaban errantes, sin patria ni hogar, espuestos a una intemperie perniciosa, sufriendo hambre y mil privaciones, incendiadas sus fábricas, derrumbados sus edificios, numerosas familias diezmadas por el sufrimiento y por no ser testigos de tantos desastres. Tal día como hoy regresaron a nuestra patria, y quiso el Dios de las misericordias que la idea del Fénix tuviese realidad en medio de las catacumbas y de las ruinas de la que padiera con razón llamarse una vez más «Nueva-Cartago.»

No nos es posible, en un breve artículo y por las razones que hemos indicado, dar más detalles de esta solemnidad cívico-religiosa. Es por demás elogiar a cuantos han tomado parte en dicho acto, puesto que por grande que sea el mérito de todos y de cada uno, es mucho

mayor el objeto y el fin a que lo dedican, y éste es el que nos mueve a tomar la pluma, dando las gracias a unos y otros y en particular a las señoras que han contribuido de un modo especial.

La noche siguió tranquila, las estrellas parecían ocultarse tímidas y no poder sufrir la competencia de innumerables luces que brillaban por do quiera y ningún incidente desagradable vino a turbar la paz y el regocijo que disfrutaba Cartagena.

COMELLAS.

Crónica local.

Accediendo a los ruegos de varios amigos del autor, copiamos seguidamente la poesía que fué leída, hace pocas noches en el Teatro de esta ciudad.

A NUESTRO AUGUSTO Y AMADO PRÍNCIPE

S. A. R. DON ALFONSO DE BORBÓN,

Con el plausible motivo del regreso de su destierro y advenimiento al trono de San Fernando.

siendo proclamado rey de las Españas con el título de

A L F O N S O X I I I.

Enchida el alma de placer y encanto,
al despuntar de la luciente aurora,
oyese el grito noble y sacrosanto,
que lanza un pueblo libre que te adora.
Himnos de gloria vierte en dulce canto,
y loco de alegría, risa, y llora.
¡Mirad! Leereis en su oriflama,
que es eco de la patria que te aclama.

En lucha criminal y fratricida,
gustando en las discordias su pujanza;
abierto el corazón con ancha herida,
sin un día de paz, ni bienandanza:
agotadas las fuentes de su vida,
fijó en tu faro augusto su esperanza;
y vuelto del letargo al pueblo hispano,
te aclama por su rey, y soberano.

Jóven Alfonso, régio adolescente:
la corona y diadema soberana,
de la augusta Isabel, sobre tu frente,
en vuestra corte lucirá mañana.
No os ciegue la lisonja cortesana;
y siendo de justicia hermosa fuente,
hallen bajo tu manto igual abrigo,
el magnate, el obrero, y el mendigo.

Presra la patria del delirio insano:
enrojecido su fecundo suelo,
con la sangre preciosa del hispano:
en perpétuo luchar, y en triste duelo,
batiéndose el hermano con hermano:
censado al fin, y compasivo el cielo,
con el ramo de oliva otra paloma,
manda de Oriente, que las riendas tome.

¡Salud vástago régio! Eterna gloria.